

EDICIONES
MOTAGNE

1
pta

Joan Crawford

Dorothy Sebastian

VIRGENES MODERNAS

Wills Asther

1942

2

1942

1942

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18861 - BARCELONA

Our dancing daughters
VIRGENES MODERNAS

Magnífico asunto, dirigido por
HARRY BEALMONT

Producción NON PLUS ULTRA
METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO:

<i>Diana Bedford</i>	JOAN CRAWFORD
<i>Ben Blaine</i>	JOHN MACK BROWN
<i>Norman</i>	NILS ASTHER
<i>Beatriz</i>	DOROTHY SEBASTIAN
<i>Ann</i>	ANITA PAGE
<i>La madre de Ann</i>	KATHLYN WILLIAMS
<i>Freddie</i>	EDWARD NUGENT
<i>La madre de Diana</i>	DOROTHY CUMMING
<i>El padre de Diana</i>	HUNTLY GORDON
<i>La madre de Freddie</i>	EVELYN HALL
<i>El padre de Freddie</i>	SAM DE GRASSE

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

VÍRGENES MODERNAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Nos hallamos en una urbe norteamericana. En esa urbe hay un barrio aristocrático en el que residen los reyes de la industria, los acaparadores, los presidentes de las grandes compañías, los que se alzan en el trono del dinero y desde allí dirigen, mandan y manejan pueblos enteros.

El suburbio es como un precioso ramillete que adorna la urbe. Todas sus viviendas tienen preciosos jardines y se disputan la supremacía de la originalidad y de la suntuosidad.

Verjas plateadas, soberbias avenidas, fuentes de mármol y de bronce. Esculturas importadas de Europa. Algunas de ellas son obras clásicas, de valor incalculable. Otras son de oro macizo, que a tanto llega la riqueza y la presunción de sus dueños.

Cada *villa* es de una arquitectura diferente y todas son obras de arquitectos famosos. Algunas están enclavadas junto a la costa y sus soberbios pórticos dan al mar. Otras tienen a su puerta un estanque. Aquélla se alza sobre

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

una colina que es un cono florido. Esta ha buscado lo más espeso de un bosque.

Raramente se ve una persona a pie por aquellos caminos. Sólo poderosos automóviles de pasco y raudos coches de turismo.

El suburbio es como un inmenso parque, y, mejor aún, como un trozo de selva. Hay masas rocosas que permanecen tal como la natu-

raleza las dejó, arroyos que siguen el cauce trazado por ellos mismos, bosques naturales. Y junto a esto, jardines y explanadas, campos de deportes y arboledas artificiales que surgen de un suelo tapizado de verde.

De cómo viven y son los habitantes de este brillante rincón del mundo se enterará el lector que siga leyendo.



Era al atardecer. En un gabinete donde todo era original y caprichoso, Diana Bedford había ido dejando caer a sus pies las prendas que acariciaban su cuerpo hasta quedar con lo más íntimo e imprescindible de su intangible indumentaria interior.

El lápiz de un dibujante moderno, de esos que dan vida a los periódicos galantes de París, sería mucho más elocuente que nosotros en la descripción de Diana en aquel instante de intimidad.

En medio de una alta coqueta,

de una especie de estuche formado por espejos, una bella estatua de carne se agitaba y se estremecía, bailaba y cantaba, al mismo tiempo que los breves pantalones se deslizaban por sus finas y nerviosas piernas.

Miss Diana Bedford no conocía la inercia. Miss Diana había de moverse siempre. Sus miembros eran finos y fuertes, impecables de forma y palpitantes de juventud.

Se adivinaba que con el cincel de la naturaleza había colaborado el deporte para crear aquella ma-

ravilla. El pecho breve y sano se iniciaba a través de los encajes y, más arriba, unos ojos oscuros y vivísimos eran el todo del rostro juvenil, siempre risueño.

Sin dejar de bailar, como en una demostración de la agilidad y elasticidad de sus miembros, Diana iba de la cama turca a la coqueta y allí cogía las prendas y aquí se las ponía.

Un par de rápidas vueltas le bastó para dar su aprobación a la parte íntima del indumento. Después se dirigió a un ropero de puertas corredizas y cogió al azar

uno de los cincuenta vestidos de noche que en él se alineaban. Todos eran igualmente lindos; todos habían sido importados de París y costaban miles de francos.

También se mostró complacida después de ponérselo y, finalmente, de un segundo ropero, extrajo un abrigo que acabó de realzar la gracia y la belleza de la encantadora muñeca moderna.

Dió una última chupada a un pitillo que se consumía sobre un cenicero de plata labrada y se dirigió dando saltos a la habitación contigua.

* * *

Era el gabinete de su madre.

También ésta estaba componiéndose ayudada por una doncella.

Diana se detuvo ante la dama, la miró de arriba abajo y exclamó:

—Qué joven y qué bella estás. Es un orgullo tener una madre tan bonita y tan elegante como tú.

—De no ser así ¿cómo podrías ser tú la muchacha más linda y

más admirada de nuestra sociedad?

—Por eso estoy tan agradecida a mi madrecita de mi corazón.

Y, para demostrarlo prácticamente, se arrojó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos.

Pero algo atrajo su atención.

Cogiendo a su madre por los hombros la separó de su cuerpo y,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

mientras la miraba con interrogadora fijeza, comenzó a oler con tanto afán en todas direcciones, que su graciosa naricilla separejó por un instante la de un conejo.

—Has comprado un nuevo perfume, mamá... un perfume delicioso. ¿Dónde está el cuerpo del delito?

Y sus expresivos ojos comenzaron a recorrer la habitación en todas direcciones.

De pronto se detuvieron sobre una banqueta. Allí estaba el frasco, dentro de un primoroso estuche.

Se apoderó de él y aspiró de cerca su perfume, entornando los párpados.

—Un sueño de aroma. Con un perfume así va una a todas partes.

De pronto tuvo un pensamiento.

—Este perfume no es adecuado para ti, mamá. A las mujeres altas va mejor el que usabas antes. Por lo tanto, me lo quedará yo.

—No, hija—repuso la madre

quitándole el estuche de las manos—. Me ha costado un triunfo conseguirlo y no es cosa de que tú me lo gastes en un hora vaciándolo en el baño.

—¡Muy bonito! Yo no hago más que adularte y tú me pagas llamándome derrochona y negándome un pequeño obsequio... Está bien, señora mía. Pero sepa usted que todo lo que he dicho es falso. El perfume huele peor que la coliflor hervida y usted ni es joven ni es guapa.

Y le cogió la cara con ambas manos y se la llenó de iracundos besos, en tanto la madre protestaba entre risas.

Ya estaba en la puerta, cuando se volvió para decir a su madre:

—Se me olvidaba decirte que esta noche voy al Yacht Club. Al amanecer entraré a darte un beso.

Y le arrojó ahora uno con la mano, desapareciendo inmediatamente camino de la escalera.

* * *

En el vestíbulo estaban tres amigos esperándola. Su papaito de su corazón les hacía compañía.

—¡Hurra!—dijo desde lo alto de la escalera por todo saludo.

Bajó raudamente, sin rozar apenas los escalones con sus pies minúsculos como estuches de joyería, estrechó alegremente las manos de sus tres amigos y se arrojó en brazos de su padre.

Este tenía en su mano una copa llena de aperitivo.

—Trae acá, borrachín. Los niños no beben esas cosas.

Quitó la copa a su padre y levantó el brazo.

—Brindo por mí misma, que soy mi mejor amigo. Brindo por mi padre, que ocupa el segundo puesto en mi amistad, y brindo por vosotros tres, que estáis a la cola. Libertad, alegría y franqueza. He aquí mi lema, amigos míos.

Y cuando hubo apurado la copa, se cogió del brazo de dos de sus caballeros y salió como un huracán a la calle...

II

Diana y sus amigos se dirigieron a la quinta vecina, para recoger a Beatriz y a Freddie.

La familia de éstos tenía gran intimidad con la de Diana, aunque discrepaban en sentimientos e ideas.

Todo lo indulgentes que eran los padres de Diana con las corrientes modernas, lo eran de intransigentes los padres de Beatriz.

Entre Beatriz y Diana existía, sin embargo, una amistad que rayaba en fraternidad. A pesar de la diversidad de temperamentos y de educación, se profesaban verdadero afecto, y éste era tan sincero y tan profundo, que no podía sacrificarse a los convencionalismos. Desde niñas vivieron en una intimidad que nada podría romper.

Cuando llegaron, Freddie y Bea-

triz les esperaban, escuchando los consejos de sus prudentes padres.

—Si me entero de que has fumado un cigarrillo, Beatriz—decía la madre—, o de que has probado algún licor, no vuelves a salir de casa.

—Y tú, Freddie—apuntó el padre—, procura que esta noche no se te reviente otra vez un neumático, porque como vuelvas a venir a casa después de media noche, te quedas sin auto.

Beatriz había prometido sinceramente cumplir los consejos de la madre. En cuanto a Freddie, había tenido un gesto tal de hipocresía que sus amigos tuvieron que volverse de espaldas para que el austero anciano no los viera reír.

Más adelante se irá viendo cómo era el tal Freddie, pero quere-

mos adelantar que era el más moderno y más ganso de todos los jóvenes que formaban el elemento masculino de su sociedad.

Lo del reventón del neumático venía produciéndose cuando menos tres veces por semana desde que el padre, en un momento de debilidad, le regalara el automóvil que hacía tanto tiempo le había pedido, como premio al primer aprobado que había obtenido en la Universidad, después de dos años de estudios.

Si el padre hubiera sido consecuente, en vez de regalarle el auto a su hijo, se lo hubiera regalado al profesor que lo aprobó, pues éste era el verdadero héroe de la hazaña. En seguida llegaron los padres de Diana, pues así lo había suplicado Beatriz para que la dejaran salir aquella noche y convinieron con el anciano y austero matrimonio en que ellos esperarían a Diana y a Beatriz hasta su regreso, dando a ésta alojamiento en su casa.

El padre de Beatriz, que tenía sus dudas sobre la rectitud de Freddie, aceptó encantado la pro-

posición de sus amigos y el grupo formado por Diana y sus tres caballeros salió precedido de los dos hermanos.

Apenas se vió Freddie fuera de la fiscalización paternal dió un empujón a su hermana y se reunió con su elemento, comenzando en el acto a sacar a relucir todo su repertorio de brutalidades, que le valieron frecuentemente exclamaciones como éstas:

—¡Freddie es único!

—¡Es un salvaje!

—¡Es un canibal!

A la puerta les esperaba Norman, el rendido adorador de Beatriz, el cual se reunió con ella apenas la abandonó su hermanito del alma.

Norman iba a disgusto a la fiesta del Yacht Club. No le gustaban las botaratadas de los jóvenes modernos y, menos aún, el libertinaje de aquellas damiselas muy siglo XX. Norman era un muchacho serio, un muchacho sin padres ricos y que desde muy joven se vió en el trance de ganarse la vida.

Vivía alejado de aquella sociedad y no guardaba con ella más

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

contacto que el que se derivaba de su amor hacia Beatriz.

Si aquella noche iba a la fiesta del Yacht Club era únicamente por acompañar a su novia, porque no quería dejarla a merced del modernismo—llamémosle así—de los invitados.

Apenas vió Freddie que un auto le ofrecía su volante a la puerta de la casa, se acomodó en el baquet de un salto tigresco, hizo subir al grupo de Diana, los cuales se sentaron unos sobre otros, y el auto partió como un rayo carretera adelante.

Beatriz y Norman subieron sin precipitación al coche de este último y, antes de ponerlo en marcha, él dijo a ella:

—Beatriz, sabes que te amo y deseo que seas mi esposa. ¿Te niegas todavía?

—Te mentaría si te dijera que no te amo tanto como tú a mí o más, y el ser tu esposa es algo que deseo muy vivamente... pero ¿eres tan celoso, Norman!

Era verdad. Norman era muy celoso y lo parecía mucho más, comparado con aquellos jóvenes que se cedían a sus promesas en los bailes y que no sentían frío ni calor cuando las veían flirtear con sus amigos.

Norman, comprendiendo que Beatriz tenía razón, no supo qué decir y puso en marcha el coche, el cual se deslizó rauda pero suavemente, sobre el rastro del que conducía Freddie.

III

En otra *villa* de aquel lujoso suburbio un nuevo y delicioso espectáculo se ofrecía al pequeño mundo de un elegante gabinete.

Si las paredes hubieran sido transparentes, a buen seguro que los alrededores de la *villa* estarían materialmente cuajados de personas pertenecientes al sexo fuerte.

El recinto tenía esa ligereza y esa frivolidad propicia a la indolencia, al ensueño y al amor, que dan a sus habitaciones íntimas las mariposas de la noche, las muñecas con alma, las hijas del amor y de la luna que viven de su belleza. Para ser más claros, diremos que aquella cámara parecía el nido de amor de una *cocotte*.

Sin embargo, no vivía ninguna mujer de esta clase en ella.

La persona que la habitaba y

que ahora estaba dando a sus impenetrables muros el espectáculo maravilloso a que hemos hecho mención era Ann.

Antes de tratar de describirla, diremos que la única compañera de su vida era su madre, pues su padre había muerto hacía algún tiempo, y que la desaparición del cabeza de familia las había colocado en una situación un tanto difícil.

Seguían manteniendo el boato de su vida anterior, pero no sabían cómo concluiría aquello, si no ponían pronto remedio a la desproporción de su debe y de su haber.

La madre de Ann, mujer práctica, había dado a su hija muy buenos consejos y le había sugerido medios infalibles de salir del apuro.

—Una mujer hermosa, hija mía,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

es exactamente lo mismo que una mujer rica. La riqueza de la una está en dinero; la de la otra en belleza. Y una mujer rica no debe casarse nunca con un hombre pobre, porque si el hombre pobre es honrado se sentirá ofendido y sufrirá al tener que vivir del dinero de su esposa, y si es un sinvergüenza, la dejará en dos días más arruinada que un noble europeo. Por consiguiente, tú debes casarte con un hombre rico. Esto es equitativo. Tú le das la riqueza de tu hermosura y él te da la de sus arcas. No hay explotación por parte de uno ni de otro.

Estos y otros muchos argumentos tenía la madre de Ann para demostrar a su hija que debía casarse con un hombre rico, pero debemos advertir que Ann no necesitaba que la convencieran sobre este punto, pues estaba completamente convencida desde mucho antes que su madre la sermoneara.

Ahora estaba Ann demostrando que su madre tenía razón al decir que su hija era rica en hermosura. Es más, mejor hubiera hecho en decir que era millonaria. Sólo la

prenda más íntima la cubría o trataba de cubrirla, pues por abajo no llegaba a medio muslo y por arriba se quedaba a un palmo de los hombros.

La prenda era un primor de rasos y encajes buenos para vestir a un muñeco o para servir de pañuelo de bolsillo, y por abajo y por arriba de ella asomaba algo que podía ser carne y que podía ser una mezcla de nieve y de rosa.

Aquellos miembros, aquella carne, no conocían las tensiones del deporte como los de Diana y era deliciosa la dulzura de sus líneas y se presentaban suaves como el terciopelo.

El pelo corto y ondulado, de un color de oro viejo, le caía sobre un hombro graciosamente. La frente y las mejillas, la barbilla y la garganta eran también como una sinfonía de líneas y matices. Entre sus labios, húmedos y pulposos, de un rojo rezumante de fresa, los dientes esmaltados, como de nácar, ponían una alegre nota de simetría y brillantez.

Pero el atractivo más fuerte de

aquella extraordinaria belleza eran los ojos, ojos rasgados, de largas y sombrías pestañas, de un color de cobre abrigantado y vivo.

Toda ella respiraba candor e inocencia. Viéndola ahora, sin medias y sin zapatos, no inspiraba deseo. Dijérase un ángel o una sirena caídos en un ambiente que contrastaba con su pureza y su ignorancia de las cosas del mundo.

Se había ido a poner las medias, sus únicas medias, y la finísima seda se deshizo entre sus dedos. ¡Es-

ta ya tan gastada! Entonces fué cuando, arrancándoselas de un iracundo tirón y arrojándolas al suelo, aparecieron las madreperlas de sus uñas barnizadas, los piececillos perfumados y empolvados.

Y entonces fué cuando pareció un ser distinto a los que habitan en la tierra.

¡Miraba tan dulce y suavemente aun en aquel momento de indignación!...

Sin embargo, Dios libre al lector de angelitos así.

* * *

Quedó un momento perpleja, sin saber qué hacer para remediar el conflicto. Sin medias no podía ir más que a una parte: a tomar el baño, y no era cosa de irse a la playa cuando todos se estaban divirtiendo en el Yacht Club.

No tardó Ann en hallar la solución del problema. Muchas veces se había visto en trances parecidos y siempre había salido adelante. ¿Por qué no había de salir ahora?

Lo que hizo fué lo que había hecho siempre. Pasó a la estancia contigua, que era el gabinete de su prudente mamá, y se fué rectamente hacia el tocador, uno de cuyos cajones estaba lleno de medias. No era aquel sitio muy adecuado para guardarlas, pero sí para esconderlas, que era lo que hacía la mamá de Ann. Sin embargo, la hija había dado ya con el escondrijo y recurría a él con tanta fre-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cuencia, que pronto quedaría vacío.

Tomó unas al azar, pues sabía que todas eran igualmente finas, y ya se disponía a volver a su habitación para ponérselas, cuando oyó los pasos inconfundibles de su madre.

Se las ocultó en el pecho, pero tan precipitadamente, que una punta de ellas quedó colgando en el exterior.

Se volvió riendo y disimulando:

—¡Hola, mamá!

La dama llevaba una gran caja entre los brazos.

—¿Qué llevas ahí?

—No sé. Acaban de traerlo y el recadero no sabe nada. ¿Y tú? ¿Qué hacías aquí?

—Estaba mirándome a tu espejo. Ya sabes que es más claro que el mío.

Pero la dama miraba fijamente el pecho de su hija, por donde asomaba la punta de una media.

—Conque mirándote a mi espejo, ¿eh?

—Sí, mamá.

—Pues para mirarse al espejo

no creo que haga falta adornarse el pecho con medias.

Ann se puso muy seria.

—No debe extrañarte que te quite las cosas, pues tú te quedas siempre con lo mejor.

—Me vas a obligar a que me guarde las cosas bajo llave.

—No hace falta, querida. Toma tus medias y que te hagan buen provecho. Pero te aseguro que me las pagarás cuando me case con un millonario.

La advertencia surtió su efecto. Inmediatamente el rostro de la madre cambió de expresión y declaró que todo había sido una broma.

—¡Ya me extrañaba a mí!—exclamó Ann alegre e irónicamente.

Volvió por las medias, se fué con ellas a su gabinete y en menos que se cuenta reapareció vestida.

Estaba deliciosamente deslumbrante.

La madre, entretanto, había abierto la caja.

Vió en el fondo un ramo de flores y sobre él una tarjeta, la cual extrajo y leyó:

Olé las mujeres bonitas. Olé olé y olé. Voy a buscarte en seguida. ¡Viva la camorra! Tuyo hasta los higados.

Freddie

—Es para ti, Ann—dijo severamente la madre—. Toma y lee.

—No tengo tiempo. Se me hace tarde.

—¡Toma y lee!—casi rugió la dama.

Ann leyó la tarjeta y se echó a reír.

—Es del ganso de Freddie. Pero no temas, mamá, que no voy a casarme con él. Es un hombre sin porvenir. Ya sabes mi modo de pensar. Quiero un hombre que tenga millones y que los gane, es decir, que reponga en seguida lo que yo gaste, para seguir gastando.

—Veo, hija mía, que vas sacando la cabeza—fué el comentario de la conmovida madre.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando apareció Freddie dando saltos.

El semblante de las dos damas sufrió una súbita transición.

—Eres un loco, Freddie. Mi mamá está muy enfadada por lo que has puesto en la tarjeta y dice que si no eres formal no me deja ir contigo.

El tono de su voz era el de una ruborosa colegiala.

—¡Bah! Ya saben ustedes cómo soy yo—repuso Freddie, que conocía a Ann y a su madre como si fueran hijas suyas—. No deben ofenderse. Siempre tengo ganas de broma, pero en el fondo sé distinguir.

Y cogió a Ann de un brazo.

—Vamos, pequeña. Y descuide usted, señora. Viniendo conmigo, Ann está tan segura como al lado de usted.

—Gracias, Freddie. Si me promete usted ser juicioso, me quedo tranquila. ¡Pero es que hay en nuestra sociedad tanta loca! ¡Y es tan inocente esta hija mía! Mi pobre Alfredo siempre me decía lo mismo... "Sed buenas como yo os he enseñado a ser." ¿Ve usted cómo tengo buena memoria?

Y dejando a la discreta dama enjugándose una lágrima que ha-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

bía asomado a sus párpados, Freddie y Ann salieron de la casa y subieron al auto.

En seguida quiso demostrar Freddie todo lo que acababa de decir y, rodeando a Ann con sus

brazos, le dió en la boca un beso voraz.

Entre aquellos brazos, que más que brazos semejaban tenazas, Ann no pudo menos de decirse que se sentía muy segura.

IV

En el Yacht Club los ánimos de la concurrencia ya se habían caldeado suficientemente y la fiesta había adquirido toda su intensidad.

Nadie, o muy pocos, dejaban de sentir los efectos del formidable ponche que se había preparado de acuerdo con la fórmula de Freddie. De sabor estaba exquisito, pero de fuerte tenía una gran semejanza con la dinamita.

La reina de la fiesta era Diana. Su risa loca poblaba el gran salón y su cuerpo elástico pasaba de unos brazos a otros en un frenesí vertiginoso.

Uno de sus amigos le había dicho:

—¿Por qué no nos bailas la danza de "Honolulu"?

Y Diana se encaramó a una

mesa y comenzó a danzar frenéticamente.

Era una danza en la que todos sus miembros intervenían. Diana, con la cabeza hacia atrás y los brazos en alto, sometía sus piernas a una acelerada agitación y su cintura vibraba como una espada de buen acero. Toda ella temblaba. Todo en ella vibraba y se estremecía, todo participaba de aquel trémolo loco.

Los invitados habían ido acercándose a la mesa y terminaron por formar a su alrededor un apretado círculo, mientras la jaleaban con palmas y voces.

En este momento entraron Ann y Freddie en el Yacht Club.

El se dirigió en seguida a engrosar el grupo de espectadores y ella quedó en el umbral, mirando fijamente a la danzarina.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sus labios se quebraron en un rictus de envidia y en sus bellísimos ojos hubo un resplandor que podía ser de ira y podía ser de odio.

Diana había sido siempre para ella una rival temible y he aquí que ahora absorbía la atención de la concurrencia de modo que ella no pudo atraer una sola mirada de admiración al entrar en el Yacht Club.

Uno de los invitados, el cual no quería ver dar vueltas a Diana porque estaba harto de los giros que todas las cosas daban a sus ojos, se acercó a Ann con un vaso en la mano y le acarició la barbilla.

Ann le rechazó bruscamente, sin apartar los ojos de la formi-

dable danzarina; pero el joven no se dió por vencido y volvió a las andadas.

—Quiero que lo pruebes, Ann. No has bebido en tu vida nada semejante.

Al ver el vaso, no volvió la hermosa rubia a rechazar al camarada, sino que le arrebató el vaso y lo apuró de un sorbo.

El joven se quedó perplejo. Estaba seguro de haber llenado el vaso hasta arriba, y he aquí que ahora no había en él la menor huella de lo que antes había contenido.

—Te he dicho que lo probaras, Ann... pero por mí no lo hagas: si quieres, puedes heberte el cristal y todo.

* * *

Blaine, el nuevo socio del Yacht Club, quedó un poco asombrado al ver que no había sitio para él en el salón principal, donde acostumbraba cenar desde hacia algunas noches.

El camarero había acudido solí-

citamente al reservado desde donde Blaine contemplaba la fiesta y le había dicho:

—Es un baile particular, señor Blaine. ¿Quiere usted que le sirva la cena aquí mismo?

—Sí, sí; es igual.

Y Blaine miraba fijamente, sin parpadear, el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

La intensidad de la danza con que Diana recreaba a sus amigos, había llegado a su punto más culminante. De súbito, los brazos de la danzarina fueron cayendo hasta la cintura y, en un ágil y rápido movimiento, el ligero vestido de noche cayó a sus pies.

Diana demostraba ahora que, además de ser una excelente danzarina, tenía un cuerpo más excelente aún.

Un aplauso frenético acogió el generoso rasgo de Diana, en tanto Ann se mordía los labios furiosamente.

Embobado estaba el señor Blaine en la contemplación de aquel prodigio de danzarina y de mujer en la que no se sabía qué admirar más, si la armonía de líneas o la

agilidad sorprendente de sus miembros.

Blaine era un joven de compleción atlética y poseía esa arrogancia que dan los miembros bien trabajados por el deporte. Se veía en él a algún profesional de la cultura física al mismo tiempo que a un joven rebosante de salud y de buen humor, de donde se deducía que tampoco de fortuna andaba escaso. Pues bien, a pesar de aparecer él como un as del bicep y del deporte, estaba admirado al contemplar a Diana, al ver aquellas piernas infatigables y seguras en sus movimientos, aquel torso magnífico que ningún ejercicio, por violento que fuera, podía doblegar, aquella cintura, aquellos brazos...

"¡Magnífico postre!", se dijo echando el plato a un lado: "¡Así sí que cenaría yo a gusto!"

• • •

En tanto estos acontecimientos se desarrollaban, Norman y Beatriz, retirados del tumulto, sentados en el rincón de un diván, se

entregaban a algo menos ruidoso y más dulce. Era ese diálogo de amor en que todo se repite y en que nada se hace viejo. Estaban

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ausentes de todo lo que no fuera ellos mismos y acaso eran los únicos que no habían probado el ponche. En realidad, ni a uno ni a otro le interesaba la fiesta.

Comenzó de pronto el baile y las parejas se formaron rápidamente. Diana bailó con el que estaba más cerca de ella y Ann con Freddie.

De pronto, Diana reparó en aquel joven al que no conocía y el cual la miraba fijamente desde el reservado en que había tenido que cenar.

El entusiasmo que reflejaba aquella mirada y el hecho de que creía haber visto aquel rostro otra vez, atrajeron su curiosidad y su simpatía.

—¿Conoces a aquel joven?— preguntó al que bailaba con ella.

Este se volvió y lanzó una exclamación de asombro al ver a Blaine.

—¡Caramba! ¡si es el famoso Ben Blaine! ¡el mejor jugador de fútbol de Birmingham y uno de los hombres más ricos de Alabama!

Y añadió en tono de pregunta:

—¿Me permites que vaya a saludarle?

—Yo voy contigo. Preséntamelo.

Inmediatamente después de las presentaciones, el amigo de Blaine comprendió que estaba allí de más, porque Diana y el jugador de fútbol se entendían a maravilla. Díjérase que se conocían desde hacía varios años. La franqueza característica de Diana no le permitió esperar a que Ben Blaine la invitara a bailar, sino que ella misma se lo pidió.

Durante el baile se entabló entre ellos un animado diálogo y Ben protestó de que Diana le llamara *señor* Blaine y ella le suplicó que la llamara Diana a secas.

Transcurridos los tres o cuatro minutos que duró el baile, Diana se dijo que en su vida había conocido un hombre tan simpático como aquel y Blaine estaba seguro de no encontrar otra mujer que pudiera rivalizar con Diana.

Entretanto, otra mujer se interesaba por el jugador de fútbol desde que supo que ganaba miles

de dólares en cada partido y que su fortuna ascendía a millones.

¿Haremos de decir que esta mujer era Ann?

Su caballero, Freddie, le dió toda clase de informes acerca del astro.

—Juega al fútbol un rato largo y tiene más millones que suspensiones me he llevado yo en la vida.

—Es un hombre muy interesante.

—Si quieres te lo puedo presentar.

—Ahora sería inoportuno. Esperemos a mejor ocasión.

—Ya comprendo. Lo que tú quieres hacer ahora es timarte para ponerlo en situación, y, después, tirarte a fondo. Haces bien. Yo, si fuera mujer, haría lo mismo. Pero da la casualidad de que soy hombre y me he de conformar con darte algún pellizco que otro sin que ello me produzca ni siquiera unos centavos.

—Eres un bárbaro, Freddie.

—Suerte que tiene uno.

Y Freddie se prestó de muy buen grado a aquel juego que, di-

cho sea de paso, no le hacía mucho honor.

Dos minutos después, ya se había dado cuenta Blaine de que Ann era la mujer más hermosa de la reunión y, transcurridos otros dos minutos, ya había caído en el lazo.

¡Le miraba de un modo aquella enloquecedora rubia! Incontables eran las aventuras amorosas de los de los futbolistas, pero jamás se había sentido disputado por dos mujeres tan de primera línea como la rubia que le miraba y le sonreía desde lejos y la danzarina cuyo cuerpo palpitaba al lado del suyo.

Diana tenía la ventaja de saber realzar sus encantos y de unir a los atractivos exteriores el sutil e irresistible de su fina espiritualidad.

¡Pero era tan estupendamente hermosa aquella rubia de ojos cobrizos!

En un momento de distracción, cuando estaba absorto en su charla con Diana, oyó que una voz decía a su lado:

—Esta rubia tiene interés en conocerle, Ben. Tiene usted la suerte por arrobos. Déle usted la ma-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

no y trátela con cariño, porque ya ve usted que lo merece. Pero le adelanto que dentro de media hora estará usted mochales perdido por ella. Lo digo por experiencia.

Era Freddie y le acompañaba Ann. Ben se levantó.

—Eres un atrevido, Freddie— exclamó Ann fingiéndose ofendida por las palabras del pollo—. Supongo que usted, señor Blaine, no le hará caso. Ya sabe lo loco que es.

Como en aquel momento se habían acercado dos amigos a Diana y charlaban con ella, Ben no tuvo que pedir permiso a su compañera para atender a Ann y le dijo al mismo tiempo que le estrechaba la mano:

—No tema usted, señorita. Las personas solemos llevar reflejado en el rostro lo que somos. La prueba la tiene usted en nuestro amigo Freddie. No hay más que mirarle para saber que es un beocio de siete suelas. Cuando menos, esta noche va ya por el vigésimo vaso.

—¡Qué exagerado es usted, Ben! Los he contado y no llevo to-

davía más que dieciocho y medio... ¡Os desprecio a los dos!...

Y, dando media vuelta, se dirigió hacia el velador que sustentaba la ponchera, para servirse el vaso y medio de diferencia que había entre las suposiciones de Ben y la realidad.

Al punto comprendió Diana lo que su eterna rival pretendía y al punto se entabló entre ambas una lucha en la que Diana usaba las armas de la franqueza y Ann las más afinadas y terribles de la hipocresía.

—Córrese un poco, señor Blaine—dijo la rubia—. Estoy cansada de lo mucho que me he agitado esta noche. Ese loco de Freddie no me ha dejado estar sentada un solo segundo.

Dicho esto, Ann se dejó caer en el diván e invitó a Blaine a que se sentara a su lado.

Jamás se había visto el astro en un compromiso semejante. A su derecha estaba Diana y a su izquierda Ann.

¿Cuál de las dos?

No tuvo tiempo a solucionar el problema por iniciativa propia.

Ann, con su voz de colegiala y su mirada monjil, le obligó a ocuparse de ella hasta el punto de dar la espalda a Diana.

En seguida sintió Ben el efecto de aquellos ojos incomparables, de aquella voz deliciosa de niña, de aquella cándida sonrisa y de aquel perfume, en fin, de flor sin abrir todavía que emanaba el divino cuerpo de la joven.

Hubo un momento en que Blaine tuvo que evitar la mirada candorosa, para no cometer la irreverencia de manchar con una insinuación la pureza de aquel ángel.

—Si usted me lo permite, voy a traerle un poco de ponche.

—¡Qué horror! ¡Me sentaría mal! No he bebido nunca.

Uno de los que hablaban con Diana, al oír esta afirmación que Ann no se había ni siquiera cuidado de hacer en voz baja, no pudo menos de murmurar este comentario:

—No bebe; tiene razón la chica. Lo que hace es absorber como las bombas.

Cuando Ann se cercioró de que había logrado aturdir e interesar a Blaine, llamó a Freddie, pues el tal Ben comenzaba ya a fastidiarla, y, levantándose, dijo con aquel tono infantil que tanto había cautivado al deportista:

—Tengo que retirarme. Mamá no me permite que vaya a casa después de las doce.

Y, tendiendo su delicada mano a Blaine, se cogió del brazo de Freddie y se dirigió con él al auto en el que el audaz muchacho iba a tenerla más de dos horas por los parajes oscuros.

Lo sabía por experiencia, así como Freddie estaba seguro de que cada uno de sus atrevimientos arrancararía una protesta de Ann. "¡Atrevido! ¡Cuando lleguemos a casa se lo diré a mamá!" Y no le diría nada. Este juego venía repitiéndose desde tiempo inmemorial todas las noches que Freddie y Ann se encontraban en una fiesta.

V

Al quedar otra vez a solas con Blaine, Diana no tuvo que esforzarse para contrarrestar los efectos que Ann hubiera podido producir en el corazón de su nuevo amigo.

Diana no luchaba ya por humillar y vencer a su rival, sino por no dejarse arrechatar a Ben. Había en éste un atractivo poderoso de que carecían todos los jóvenes de la sociedad de Diana: esa nobleza, esa generosidad del hombre que está seguro de su fortaleza. De su corazón emanaba una serenidad, una alegría, una bondad que le permitía ser austero, formal y viril sin que estas cualidades le hicieran desagradable ni restaran a su trato un átomo de simpatía.

No era jactancioso aunque tenía motivos para serlo y en su corte-

sía habitual no existía esa falsa rigidez de la etiqueta, sino una naturalidad y una sinceridad cautivadoras.

Un hombre así, en un círculo como el de Diana, era un niño blanco. De aquí que aquella muchacha moderna se hubiera sentido en seguida cautivada por aquel hombre que le había demostrado que para ser agradable y divertido no se necesitaba ser un ganso como Freddie.

Pero ella era como era, y no variaría lo más mínimo ni siquiera para atraerse la simpatía de Ben. Le repugnaba el disimulo, y más aún la hipocresía que Ann había desplegado, valiéndose de su cara de niña y de su apariencia angelical.

—Encantadora rubia, ¿verdad Blaine?

—Sí... muy simpática—repuso el joven un tanto cohibido.

—Su mamá no la deja beber, su mamá no la deja ir tarde a casa... Es una flor de ingenuidad que comprendo haga las delicias de un hombre. Sin embargo, yo soy el polo opuesto. Mi mamá no me dice a qué hora debo ir a casa, mi mamá no me prohíbe que fume ni me señala los líquidos que he de beber. Precisamente en este momento estoy deseando que usted me dé...

Mientras hablaba todo su cuerpo se agitaba junto al de Blaine y sus vivos ojos le acariciaban en miradas en que la simpatía, y acaso algo más, brillaban francamente. Finalmente, al hacer a Blaine la petición que no había terminado de formular, le miraba a los ojos con la cabeza caída hacia atrás y la boca muy cerca de la de él.

Aquellos labios entreabiertos, aquella mirada apasionada y llena de picardía, perturbaron profundamente a Ben, el cual, creyendo advertir lo que significaba la peti-

ción de Diana, se inclinó un poco hacia adelante, avanzando al mismo tiempo los brazos.

Pero cuando ya respiraba ella sobre su boca, cuando ya entre unos y otros labios sólo mediaba el espacio imprescindible para que el beso no se hubiera producido, ella retrocedió con un gracioso mohín y terminó la frase con estas palabras:

—...estoy deseando que usted me dé un cigarrillo.

Sin poder ocultar un gesto de contrariedad, Ben sacó su pitillera de oro y ofreció a Diana el deseado cigarrillo, diciéndose que en pocas noches como aquella se volvería loco de remate.

Diana sonreía imperceptiblemente.

—¿Qué se creía usted que iba a pedirle? Usted, amigo Ben, porque me ha visto bailar un poco ligera de ropa ya se cree que puede conseguirse fácilmente de mí todo lo que se pretenda. ¡Qué equivocados están usted y todos los que así piensen!

—Le aseguro a usted...

—Que mi ropa interior le ha

gustado... Pues bien, amigo Blaine, yo le respondo que me complace mucho su juicio, como me complacería el de otro amigo cualquiera. Pero de eso a admitir una simpatía, un afecto íntimo basado sólo en lo que usted ha visto cuando yo bailaba, hay mucha diferencia. Comprenda usted lo desagradable que sería para una mujer que la amarán sólo por su ropa interior.

—Habla usted en broma, Diana. No tiene más remedio que ser así. Usted debe haber visto ya que yo soy incapaz de ofender a nadie, y menos a una mujer, y menos... a usted. Usted tiene otros muchos atractivos, y sin duda superiores a sus piernas—que realmente son superiores—, para atraerse la simpatía y la admiración de los hombres. Su inteligencia, su vivacidad, su espiritualidad es suficiente para que un hombre comprensivo la distinga... ¿Me cree usted?

—Le creo y le doy gracias—repuso Diana con natural sinceridad.—Crea usted que sus palabras me han complacido en extremo.

Y Dios sabe adónde habrían lle-

gado con su charla cada vez más franca y concreta, si en este momento no se presentaran Beatriz y Norman a proponer el regreso a Diana.

—Id vosotros delante. Yo voy en seguida.

Después suplicó a Blaine:

—Venga usted conmigo. Voy a buscar a los camaradas que han sido mis caballeros esta noche.

Los hallaron en el vestíbulo.

Apenas los descubrió, Diana corrió hacia ellos.

—¡Pobres amigos míos! ¡Qué abandonados los he tenido esta noche!

Y, en desagravio, les toleró un beso a cada uno.

—Acompañadme a casa—dijo después más alegre que imperativa.

—Somos tuyos, Diana. Estamos a tus órdenes.

En esto, se dió cuenta la muchacha de que Blaine la miraba de un modo extraño y comprendió el motivo.

—No ponga usted esa cara de niño llorón. También para usted habrá un beso... Pero un beso de

amistad y despedida. No se vaya usted a imaginar otra cosa.

Y se fué hacia él y echó los brazos hacia atrás en un gesto de oferta.

Ben no pudo seguir siendo prudente. Con rapidez, atrajo hacia sí a Diana y le dió un ávido y largo beso.

—¡Me tiene usted loco!—murmuró.

Cuando se sintió libre de aquellos brazos de hierro Diana dió un salto atrás.

—Eso no es un beso, amigo Blaine: es un cañonazo.

* * *

En tanto esperaban a Diana, Norman y Beatriz, muy juntos en el baquet del auto, aprovechaban aquellos últimos momentos de proximidad.

Estaban aquella noche más excitados que de costumbre, estaban como embriagados de amor.

—Beatriz. No me digas que no otra vez. Accede a casarte conmigo.

—Tengo miedo, Norman. Mi vida ha sido muy libre. He vivido en medio de una sociedad que tú no comprendes ni quieres comprender. Tu educación es muy distinta a la mía. ¿Estás seguro de que, a pesar de nuestro amor, podríamos vivir en paz?

—Yo te quiero por encima de todo.

—¡Y yo también a ti, Norman!

—¡Es preciso que nos casemos!

—Piénsalo bien, piensa que por mucho que quiera no podré apartarme completamente de la sociedad a que pertenezco. ¡Eres tan celoso, Norman!

—¡Te quiero tanto!...

—Menos que yo. Estoy segura.

Los dos eran sinceros. Los dos se amaban profundamente, con locura... Se acariciaban las manos y los cabellos. Los ojos brillaban de amor. Tan fundidos espiritualmente estaban ya, que la separación era imposible.

—Beatriz. Es inútil que te niegues. Eres mía ya y nadie logrará

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

arrebatar-me lo que pertenece a mi corazón. Tu alma está ya unida a la mía. Espiritualmente, eres ya mi esposa. ¿Quién podrá romper estos lazos?

El silencio de Beatriz fué muy elocuente. También ella creía que nada ni nadie podría romper aquellos fuertes lazos de amor infinito.

Bajó Diana y hubieron de inte-

rrumpir el idilio para poner en marcha el auto.

Sin embargo, ya estaba dicho todo lo que tenían que decirse. Mejor aún, ya estaba convenido lo que tenían que convenir. Era preciso que se casaran. Ya lo había dicho Norman: espiritualmente, estaban ya casados. ¿Quién podría romper estos lazos tan fuertes?

Quando llegaron a casa, y en tanto Beatriz se dirigía al cuarto de Diana, una de cuyas dos camas ocuparía aquella noche, ella se fué al de su madre.

Su madre estaba despierta. Había llegado hacía poco con su marido.

Diana se sentó en la cama y le dijo con un tono que para la madre fué de por sí una revelación:

—Esta noche he conocido al hombre más interesante del mundo, mamá. Es serio y alegre al mismo tiempo, es... no sé cómo describirte-lo. Sólo sé que no se parece a ningún otro.

—Te felicito, hija mía. Sólo una advertencia he de hacerte: procu-

ra no enamorarte de él antes de que él se enamore de ti.

—Haré lo posible, mamá, pero no me comprometo.

Y, dando un beso a su madre, se fué hacia el cuarto donde ya Beatriz estaba a punto de acostarse.

También a ella le contó lo que había nacido en su corazón aquella noche.

—¡Jamás había sentido nada igual! ¡Esto es hermoso!

—Sé cómo es, Diana, porque también yo lo siento.

Estas fueron sencillamente las palabras de la prometida de Norman.

* * *

También Ann, cuando volvió a casa, fué en el acto en busca de su madre para darle cuenta de los sucesos de aquella noche.

—Ya he echado el ojo a un millonario, mamá.

—¿Quién es, hija mía?

—Ben Blaine, el famoso futbolista.

—¿Estás segura de que es millonario?

—Gana los miles de dólares a puñados y lleva algunos años amontonando dinero. Además, heredó una gran fortuna de su padre.

—Comprendo tu entusiasmo, hija mía. Los tiempos han cambiado mucho y así como hace treinta años yo pude conformarme con tu padre cuando no era más que un pobre empleado de banco, una muchacha de hoy necesita tener la seguridad de que ha de poder afrontar todas las necesidades de la vida moderna. Antes estaba mal mirada una mujer con pintura. Hoy, la que no se pinta, es una paleta. Dinero y dinero, he aquí el lema y

el faro de la vida actual. Gracias a estos prudentes consejos, he podido hacer de ti una muchacha razonable. Ven a mis brazos, hija mía, y procura hacer con el millonario lo mismo que ahora estoy haciendo yo contigo. Los brazos son una cadena segura. Y cuanto antes le sujetes, antes desaparecerá el peligro de que lo pierdas.

—No temas, mamá. Sólo tengo un peligro de perderlo, y ese peligro se llama Diana.

—¿Acaso Diana...?

—Sí, mamá. Diana ha usado de todas sus artes para cautivarlo y creo que lo ha conseguido. Las dos hemos hecho mella en el corazón de Ben y esto ha sido posible porque cada una le hemos atacado por un punto diferente. Yo le he aturdído con mis sonrisas angelicales. Ella se ha quitado el vestido delante de él y le ha mostrado toda la espléndidez de su cuerpo.

La madre sonreía imperceptiblemente.

—Te equivocas si crees que Diana puede rivalizar contigo. No voy

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

a discutir cuál de las dos tiene más atractivos, pero tú, gracias a mis consejos, eres muy superior a ella en el arte de embaucar a un hombre. ¿Crees que a Ben Blaine, un joven tan famoso y tan admirado, puede interesarle verle las piernas a una mujer, después de los millares que su gloria y su dinero le habrán proporcionado? Ben Blaine está harto de aventuras fáciles y una más, como la que le ofrece Diana, no puede interesarle.

—Realmente, mamá, no creo que Diana se le ofrezca. Hay que reconocer que en Diana es más el ruido que las nueces.

—Eso no puede saberlo Ben Blaine. Desde el momento que una muchacha se quita el vestido delante de él, él sólo la considerará buena para una aventura. Diana, arrastrada por su franqueza y por su inquietud, se compromete continuamente ante los hombres. Aunque esta noche hubiera hecho Ben más caso a Diana que a ti, yo te diría que tú has conseguido impresionarlo mucho más que ella. Una

mujer como Diana es buena para una fiesta en la que se baila y se bebe. Pero después vendrá la reacción, la tranquilidad, el recogimiento y entonces Ben Blaine recordará que esta noche ha visto por vez primera, después de algunos años, unos ojos llenos de candor y unos labios que no le han pedido un beso. Estas impresiones son las que llevan al altar a un hombre y no las que produce una loca como Diana.

—Es posible que tengas razón, mamá, pero creo que Diana ha conseguido demostrar a Ben que posee algo más que un cuerpo maravilloso.

—De todas formas, no creo que debas considerarla una rival tan temible como la consideras. Desde hoy queda entablada la lucha, y además de ser dos contra una, porque yo te ayudaré, nuestras armas, que serán las de la astucia, anularán fácilmente la eficacia de las de Diana, que son las de la imprudente sinceridad.

VI

Al domingo siguiente se organizó una jira campestre a caballo.

Merendaron en medio del campo y se divertieron de lo lindo.

Sólo en dos almas hubo algo muy distinto a la diversión. A la hora de la merienda, Diana había conseguido hacer que Ben se sentara a su lado y Ann había ocupado el puesto de enfrente.

Entre las dos rivales se cruzaban miradas que eran como espadazos de fuego y traidoras sonrisas mucho peores que el insulto franco, que el odio abierto.

Dos o tres veces trató Ann de entablar conversación con Ben, pero Diana estaba más cerca y lo evitaba fácilmente.

Después de la merienda, se trocaron los papeles. Ann supo hacer que Blaine tropezara con ella y, como el golpe fué lo bastante fuer-

te para que la astuta rubia pudiera quejarse, el joven se apresuró a auxiliarla y a pedirle perdón, quedando así entablado entre ellos un diálogo que a Diana le hubiera sido imposible romper sin ponerse en evidencia.

De pronto, uno de los que llevaban la voz cantante en la excursión ordenó el regreso.

—Es hora de volver a casa. Recordad que esta noche ha de seguir la fiesta en el yate de Diana.

La alusión a la fiesta nocturna fué suficiente para que todos corrieran a los caballos que guardaban los palafreneros.

Diana, Ann y Ben fueron los últimos en subir a sus monturas. Los tres tenían motivos para querer quedarse los últimos, pero ya habían montado Ann y Ben y habían emprendido la marcha juntos,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cuando Diana, que aquella vez quería vencer a toda costa, dirigió a Blaine la siguiente súplica:

—¿Haces el favor de arreglarme la silla del caballo?

Ben, con su habitual cortesía, dejó que Ann continuara cabalgando a la zaga del grupo y bajó para atender la demanda de Diana.

Ya se habían perdido todos los caballistas en una revuelta del camino, cuando Ben, después de buscar en vano el desperfecto de la silla, exclamó con extrañeza:

—No veo que esta silla tenga nada que arreglar, Diana.

—Naturalmente que no tiene nada.

—¿Entonces?...

—No me hagas preguntas difíciles, Ben. ¿Es que estás arrepentido de que te haya hecho quedar?

—Ya sabes, Diana, que, estando contigo, siempre me encuentro bien.

—Te creo, porque sé que eres sincero como yo. Te creo y te digo francamente que me hace feliz el oírte hablar así.

Había comenzado a caer la noche sobre el silencio del campo y

sólo se oía un susurro de frondas, un despertar de pájaros nocturnos y esa palpitación única y plena que tiene la naturaleza en las noches despejadas.

Todo era propicio para que el corazón de Blaine comprendiera lo que pasaba en el de Diana. Por eso sólo fué necesario que se cruzaran entre ellos algunas palabras más, para que insensiblemente las manos se fueran a las manos y los ojos a los ojos, y un beso continuara el diálogo interrumpido, de un modo más intenso y elocuente.

—¿De verdad me quieres, Ben?

—Yo sólo sé decirte, Diana, que lo que tú me estás haciendo sentir no lo he sentido jamás. Soy otro hombre distinto. Lo que antes me interesaba, ahora me es indiferente. Yo fui siempre un hombre frío y sereno y ahora estoy dominado por todas las vehemencias. Y todo esto es obra tuya, Diana. Después de estas confesiones, ¿seguirás dudando de que estoy enamorado de ti?

—Sin embargo, Ann...

—¡Calla! No pronuncies ahora ese nombre. ¿No comprendes que



—...Con un perfume así va una a todas partes.



—Toma tus medias y que te hagan buen provecho.



Y Diana se encaminó a una mesa y comenzó a danzar frenéticamente.



Durante el baile se estableció entre ellos un animado diálogo.



-Esta rubia tiene interés en conocerte.



...Ann se dejó caer en el diván e invitó a Illaine a que se sentara a su lado.



...y ofreció a Diana el deseado cigarrillo.



Y, en desagravio, les toleró un beso a cada uno.



A la hora de la merienda...



... y un cuadro de bailatinas constituía lo fuerte del programa.



Todos felicitaron a Ann, todos, incluso Diana.



Y se volvió de espaldas para que sus padres no percibieran aquel anuncio de llanto.



Tenia joyas a montones.



... y cogiéndola de una muñeca y mirándola fijamente...



- Te he amado siempre...



- ... ¿Me negarás un beso?...

es inoportuno? Evitemos ahora todo cuanto pueda interrumpir la magnificencia de este momento.

—Cuando menos, Ben, quiero que me digas una cosa, quiero que me digas qué opinión has formado de mí.

—Estoy confuso, Diana, respecto a eso. Nada podría asegurarte. Pero sí te puedo decir que en la vida he encontrado una mujer tan espiritual como tú.

La luna, que como un globo de fuego había aparecido en el horizonte, les sacó de aquella especie de sopor sentimental y les recordó que era la hora de emprender el regreso.

—Vámonos ya, Ben. Aun hemos de arreglarnos para asistir a la

fiesta de esta noche. No quiero pensar en lo que estarían murmurando de nosotros nuestros amigos.

—Antes de marcharnos, Diana, quiero volver a decirte lo que te dije la noche en que te conocí: Estoy loco por ti.

Y otra vez sus brazos insaciables y sus labios sedientos buscaron el divino contacto del cuerpo y de la boca de Diana.

Después, la levantó como una pluma y la sentó sobre la silla del caballo.

De un salto montó él al suyo y los dos picaron espuelas, lanzándose a galope tendido a lo largo de la carretera blanqueada por la luna.

* * *

Durante una breve ausencia de los padres de Beatriz, ésta vivía en casa de Diana, en estrecha intimidad con su amiga de siempre.

Por eso, cuando ambas se vestían para asistir a la fiesta del yate, Diana pudo decirle a Beatriz:

—Estoy enamorada como tú,

amiga mía. Estoy enamorada con toda mi alma, y ahora comprendo tu afecto por Norman.

—Estás enamorada de Ben, ¿verdad?

—Sí.

—Te felicito. Ben es un hombre bueno, uno de los pocos hombres

buenos que se aventuran a mezclarse en nuestra sociedad. Estoy segura de que te hará feliz y lo será él.

—Yo también estoy segura, segurísima—exclamó Diana con calor—; me siento transformada. Me parece algo así como si el roce con ese hombre me hubiera purificado. Jamás he sentido como aho-

ra un desco tan grande de ser buena.

—¿Habéis formalizado ya vuestras relaciones?

—Nada hemos formalizado todavía, pero estoy segura de que pronto me pedirá en matrimonio.

Y con la felicidad de esta convicción, comenzó a vestirse rápidamente para asistir a la fiesta que ella misma daba en su yate.

VII

El yate de Diana estaba anclado en el desembarcadero, muy cerca del barrio aristocrático.

Aquella noche todas sus luces se habían encendido y era como una inmensa llama blanca que se destacara sobre el fondo obscuro del mar y de la noche.

Aquella parte de la costa estaba formada por inmensas explanadas verdes y por colinas cubiertas de arboleda. De vez en cuando, el paisaje era interrumpido por un *bungalow* o por alguna pequeña villa de piedra, al estilo español, más propia para un asceta que para un sibarita.

El interior del yate estaba soberbiamente ornamentado y por todas partes se veían asomar flores exóticas, traídas de las lejanas costas asiáticas o de las islas del Sur.

En todo se veía la exquisita mano de Diana. Uno de los mejores sextetos de Norte América ponía en la alegría de la fiesta una delicada nota sentimental y un cuadro de bailarines constituía lo fuerte del programa.

Pero, de pronto, Diana advirtió algo que no la satisfacía. La fiesta había comenzado ya hacia media hora y aun no había llegado Ben.

Fué de un salón en otro y preguntó por él a algunos amigos.

Y todos le daban la misma respuesta:

—No sé qué habrá sido de él; no le he visto. No debe de haber venido aún.

Un poco inquieta, con una inquietud confusa, subió Diana a la cubierta del yate y la recorrió lentamente de proa a popa y de babor a estribor, no precisamente pa-

ra buscar a Ben, sino para pensar con la debida calma qué habria podido sucederle.

Al llegar a la proa del yate, vió a lo lejos, bajo la luz de la luna, la mancha oscura de un pequeño *bungalow* y lo miró fijamente, porque estaba íntimamente relacionado con los pensamientos que ahora le asaltaban.

Era la vivienda de Ben, la casita que había comprado al decidir prolongar su estancia en California.

De pronto, una sospecha la asaltó y bajó inmediatamente al salón central del yate, donde buscó, con la misma avidez que antes había buscado a Ben, a otra persona.

Tampoco la encontró, pero dió en seguida con su madre, a la que preguntó sin preámbulos ni vacilaciones:

—¿Y Ann? ¿No ha venido todavía?

—No. No vendrá esta noche; se sentía algo indispuesta.

No necesitó Diana oír más para comprender que Ann le había ganado la partida. Nada sabía, pero todo lo adivinaba.

Después de la excursión a caballo, Ann se había entrevistado con Ben y le había dado una encubierta cita para aquella noche.

En aquel momento Ann estaría en los brazos del hombre que ella quería. Estaba tan segura como si lo viera.

Sin vacilar, subió la escalerilla que conducía a cubierta y de allí pasó a la verde explanada.

Bordeando la costa, se dirigió hacia el *bungalow* de Ben. Estaba lejos, pero no importaba. Lo que sentía, le hubiera dado fuerzas para recorrer a pie medio mundo.

Cuando llegó a la vivienda de Ben, vió que en las ventanas no había la menor huella de luz; pero, no obstante, golpeó la puerta por si estaban dentro.

Nadie le contestó.

Y he aquí que, al volverse para mirar hacia la parte del mar, vió, al resplandor amarillo de la luna, un grupo formado por dos personas, y aquellas dos personas eran Ann, su odiosa rival, y Ben, el amado de su corazón.

Tal fué su desilusión, su angustia, su pesar, que se sintió sin fuer-

zas para seguir manteniéndose en pie y hubo de dejarse caer sobre la húmeda hierba.

Poco después, cuando sus miembros se hubieron repuesto un poco

de la larga caminata, se levantó, y, sin mirar hacia aquel punto en que sabía se hallaba Ben, emprendió el camino de regreso.

* * *

La estratagema había sido un poco burda, pero el corazón de Ben era demasiado noble para reparar en la perfidia de aquellos hechos.

Ann le había salido al encuentro cuando Blaine se dirigía al yate de Diana y había conseguido de él le enseñara su linda casita, asegurándole había tiempo sobrado para asistir a la fiesta.

A la luz incierta de la luna, los ojos de Ann tenían fascinadores reflejos y sus pestañas largas y densas brillaban como el oro antiguo.

Realmente, la deslumbrante Ann había procurado superarse aquella noche en que iba a utilizar su último triunfo en el reñido juego que había entablado con Diana.

Un traje de tisú de plata le ceñía el maravilloso cuerpo, hacien-

do realzar la perfección soberana de las líneas. Aunque llevaba sobre los hombros una preciosa capa, procuraba abrirla de vez en cuando con disimulo, de modo que Ben pudiera ver lo que había debajo de ella, es decir, la estatua de su cuerpo, bruñida por el reverberante tisú de plata.

Otra cosa brillaba más aún: sus dientes de nácar, de un esmalte limpio y puro como la nieve. Y otra cosa brillaba más aún: su sonrisa, la sonrisa incomparable de aquella mujer con exterior de niña o de ángel y con alma turbia como el agua cenagosa.

El terciopelo de la piel invitaba a la contemplación como una pintura maravillosa, como un color obtenido milagrosamente por la mano de un genio del pincel.

¿Cómo podría Ben substraerse

al encanto perturbador de aquella mujer y en aquel momento propicio a todas las locuras?

Sospechando que se equivocaba, no pudiendo creer que fuera posible tanta belleza, la llevó al *bungalow*, con prisa de veria bajo una luz clara y fuerte, y una vez allí se convenció de que se había equivocado, pero de un modo contrario a como el creía.

La esplendidez de Ann no era la que se acusaba a la luz de ámba del astro de la noche: era superior, muy superior.

Cuando volvieron a salir al campo, Ann comprendió que la primera parte de la partida estaba ganada. Era bien evidente la impresión que había producido a Ben. Por eso no vaciló en decirle:

—Vamos a la orilla del mar, vamos a dar nuestro saludo a las aguas bañadas por la luna.

Una vez allí quiso descender a las rocas, y como los altos tacones impedían a Ann andar sobre ellas con la seguridad debida, en uno de sus pasos inseguros, se afianzó del cuello de Ben al mismo tiempo que lanzaba un grito.

El la estrechó instintivamente entre sus brazos de hierro y ella rió con su risa inocente, sonora, limpia como tintinear de oro.

—Va usted a tener que llevarme en brazos, Ben.

Creyendo que cometía un delito, considerando que se aprovechaba de la inocencia de una angelical criatura que ni siquiera sabía ver cuándo se la miraba con la avidez de carne con que él la estaba mirando, la levantó en brazos, rodeándole con uno la cintura y con otro las piernas y recorrió las rocas que mediaban entre ellos y una piedra más ancha y lisa que señalaba el límite de la costa.

Al llegar a la meseta de piedra, no dejó a Ann en el suelo. Estaba decidido a sacrificar su caballerosidad en aras de aquella violenta tentación que le poseía.

Sentía junto a su cuerpo la palpitation intensa de aquella carne plétórica y virginal, suave como el terciopelo y perfumada como el jazmín. Inconscientemente, seguro de la indignidad que cometía, estrechaba sus brazos en torno de aquel cuerpo y levantaba uno de

ellos de modo que la cabeza de Ann se acercara a la suya.

Bajó entonces la mirada y vió que los ojos de Ann estaban fijos en los suyos y que su boca tenía aquella sonrisa resplandeciente e infantil que la animaba siempre.

Algo así como una descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo e, inclinando poco a poco la cabeza, se quemó los labios en aquella sonrisa.

Fué un beso tan íntimo, tan hondo, tan intenso, que Ben sintió como si el corazón se le paralizara.

Ella se estremeció. En sus ojos resplandeció un horror indescribible. Se deshizo de los brazos de Ben y le dijo, mirándole con aterrada fijeza:

—¿Qué ha hecho usted?

—¡Perdóneme, Ann! ¡Es usted tan hermosa!...

—Le perdono porque sé que es usted bueno y no lo volverá a hacer.

Y recobrando su habitual sonrisa, se sentó sobre la roca e hizo que Ben se sentara a su lado.

Ben estaba pensativo.

—¿Qué está usted pensando?

—Cosas que usted no comprende, Ann.

—¿Por qué no he de comprenderlas?

—Es usted todavía muy joven.

—¡Siempre lo mismo! Estoy harta de que me llamen niña. Soy una mujer, señor Blaine, una mujer hecha y derecha.

—No se enfade usted. Le diré lo que estaba pensando. Pensaba que un hombre debe reflexionar mucho antes de elegir esposa.

—Y más aún, amigo mío—repuso en el acto Ann—cuando la esposa que se le ofrece es una mujer que no toma en serio el amor ni da importancia a nada en esta vida.

—Muy bien, Ann; ahora sí que estoy convencido de que es usted una mujercita hecha y derecha.

—No sé si diré una tontería, pero le confieso que prefiero me tomen por estúpida a que me llamen descocada. Comprendo que esto es impropio de una muchacha moderna, pero cada una es como ca.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y como viera que Blaine la miraba cautivado, añadió:

—A lo que aspiro es a tener un hogar en el que no falten los hijos, un buen esposo y la paz más completa.

Y sonrió.

—¿Verdad que esto es una tontería, señor Blaine?

—Ni mucho menos, Ann. Se puede ser una mujer moderna sin dejar de ser juiciosa. Si sigue usted pensando así, llegará muy lejos en el camino del bien y de la felicidad.

—¿Usted cree que encontrará un

hombre que quiera casarse conmigo?

Y al decir esto le dirigía una de sus perturbadoras miradas y, como al azar, había colocado una de sus manos sobre la de él.

El acarició primero aquella mano, en tanto no separaba los ojos de aquella mirada, y después, llevado otra vez de un súbito arranque que ya no se preocupó de refrenar, volvió a abrazarla y a besarla.

—Ann, mi preciosa muñeca. ¡Qué linda y qué buena eres!

VIII

En el yate se había comenzado a murmurar acerca de los dos invitados que no habían comparecido.

—Aquí hay gato encerrado— dijo uno.

—Si fuera sólo el gato lo que está encerrado— repuso otro—, bueno. Pero lo más probable es que estén ellos encerrados también.

Uno preguntó a Freddie:

—¿Qué sabes de tu *fírst*?

—Que es rubia y que se agarra al cuello como una corbata..

—¿Crees que estará enferma como dice su santa madre?

—Sí. Debe de tener un cólico matrimonial.

—Eso opino yo. Y el causante es Ben, ¿no te parece?

—Sin duda.

—Y lo dices tan tranquilo, ¿No te sientes ofendido en tu amor propio?

Freddie lanzó una carcajada.

—Aquí el único ofendido es Ben, que es quien va a cargar con ella.

Ya estaba la fiesta a punto de terminar, cuando se presentó la pareja perdida.

—¡Ya está aquí la enferma!— dijo una joven que había bebido de más.

Todos los invitados se volvieron y Diana dirigió a su rival una mirada en que se leía el rencor de la derrota.

La madre de Ann profirió una exclamación de extrañeza y angustia:

—¿Qué es eso, Ann? ¿No decías que estabas enferma? ¿Dónde has estado?

—Con Ben—repuso Ann humillando la cabeza.

—Ya comprendo—dijo la madre mirando fijamente al *sports-*

man—. El señor Blaine se ha tomado la libertad de comprometerle porque estará dispuesto a casarse contigo. ¿Verdad, señor Blaine, que ha venido aquí sólo para pedirme la mano de Ann?

Diana miraba a Ben fijamente. Sabía que Blaine era ante todo y sobre todo un caballero y sabía que las cosas habrían sucedido de modo que su amado tuviera la sensación de que había cometido una ignominia.

Estaba segura de lo que Ben iba a contestar, pero quiso engañarse a sí misma con un vestigio de esperanza y esperó la respuesta del joven.

Este dijo gravemente, con el gesto del que toma una heroica resolución:

—Usted lo ha dicho, señora. Me he tomado la libertad de comprometer la reputación de Ann porque era ya mi prometida. Para que nos casemos sólo falta el consentimiento de usted.

Por toda respuesta, la madre de Ann se volvió hacia los invitados que la rodeaban y, sonriendo con una ligerísima expresión de triun-

fo que sólo Diana pudo comprender, exclamó:

—Amigos míos. Quedan ustedes invitados a la boda de mi hija con Ben Blaine.

Entre éste y Diana se cruzó una mirada. En los ojos de ella había un resplandor de amarga comprensión; en los de él una súplica también amarga.

Todos felicitaron a Ann, todos, incluso Diana.

Aquella noche, cuando la atribulada joven y Beatriz se reunieron en su aposento no hubo entre ellas palabras de entusiasmo, sino amargas frases de condolencia.

Diana lloró amargamente en los brazos de Beatriz.

En cambio, Ann y su madre sostuvieron un diálogo animado como nunca.

—Hemos triunfado en toda regla, hijita.

—¿Qué talento tienes, mamá!

—El ardid no ha podido ser más sencillo.

—Todo se ha desenvuelto fácilmente. Tu idea de que le condujera a las rocas para dar ocasión de que me cogiera en brazos ha

sido el punto fuerte del programa.

—Estoy orgullosa de ti.

—Y yo de ti, mamita.

—A ver cómo me lo pagas.

Ann se echó a reír.

—Te permitiré que te pongas mis medias.

* * *

Las cosas se llevaron rápidamente.

Días después recibía Diana la triste noticia de que la boda se había realizado. Sus propios padres se la dieron.

Diana trató de sonreír, de disimular de este modo sus ansias de llorar, pero sintió que una lágrima furtiva asomaba a sus párpados y se volvió de espaldas para que sus padres no percibieran aquel anuncio de llanto.

Pero el padre se fué hacia ella y procuró consolarla.

—Olvida, Diana. Hallarás otro hombre mejor que él, el hombre que tú mereces.

—No papá, no. No lo encontraré—repuso la desdichada refugiándose en el pecho paternal—. ¡Los hombres necesitan mentiras!... ¡Quieren que se les engañe!... Y eso no sé hacerlo yo.

—No te arrepientas. El ser honrada y sincera no debe afligir a nadie, aunque tengan su honradez y su sinceridad las peores consecuencias.

—¡Pero esto es demasiado angustioso! He perdido la partida ante una comedianta sin pudor. ¿Es esto justo? Mi honradez y mi franqueza me han perdido, han destrozado mi vida. ¿Cómo podré amarlas?

—Sé fuerte, Diana—dijo la madre—. Este dolor pasará y entonces te sentirás orgullosa de lo que ahora juzgas como la causa de tu desdicha. Estoy segura de que hallarás el premio que mereces.

Y Diana lloraba, lloraba silenciosamente.

Otro matrimonio se había realizado casi al mismo tiempo que el de Ann y Ben.

Un día se presentó Beatriz en

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

casa de Diana con la noticia sorprendente de que se había casado. Habían llevado las cosas en secreto, con objeto de que no se mezclara en el acontecimiento aquella sociedad que Norman detestaba.

—No ha habido invitados, Diana, ni viaje de novios. Desde ayer estamos instalados en la casa de Norman, que ahora es de los dos.

Somos felices, Diana. Vivimos aislados, solos con nuestra paz y con nuestro amor.

Y como viera que los ojos de Diana estaban empañados, le acarició la cabeza y la besó en la frente.

—Algún día serás tú igualmente dichosa—le dijo.

IX

El sábado siguiente Diana recibió esta carta de Beatriz:

Espero que vengas a pasar el domingo con nosotros. A Norman, como sabes, no le gustan las visitas, pero la tuya la desea.

Te espera sin falta tu amiga del alma,

Beatriz

Como Norman no regresaría hasta el mediodía, cuando Diana llegó, Beatriz le propuso salir a dar un paseo.

Nunca lo hubieran hecho. Las nubes amenazadoras que ocultaban el cielo se convirtieron de pronto en una lluvia que en un principio mereció el título de diluvio y que, aunque cesó en seguida, transformándose en llovizna sutil, fué lo suficiente para que Beatriz y Diana quedaran hechas una sopa.

Se apresuraron a regresar y he aquí que antes de llegar a casa vieron venir en dirección contraria un auto conducido por Freddie y ocupado por dos amigos más.

Detuvieron el coche al ver a sus amiguitas y uno de ellos vociferó desde la calzada, que estaba muy lejos del andén por donde iban Diana y Beatriz:

—¡Vivan las solteras y las casaditas!

Las dos respondieron al saludo con un alegre ademán.

Y después de lanzar algunas frases alusivas al matrimonio de Beatriz, dijo uno de los jóvenes:

—¡Si vuelve a llover, iremos a hacerte una visita!

—Lo siento mucho—repuso inmediatamente Beatriz—, pero no tengo la casa dispuesta para recibir invitados. Ya lo sabe Freddie.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Muchas gracias, Beatriz!
¡También mi casa está a tu disposición!

La ironía fué seguida del estrépito del motor del auto y éste partió raudamente, mientras sus ocupantes flameaban las gorras y arrojaban besos a las muchachas.

Continuaron Diana y Beatriz su camino.

De pronto, dijo la recién casada:

—No digas a Norman que los hemos visto. Estos encuentros le ponen fuera de sí aunque sin motivo ninguno. ¿Para qué disgustarlo?

* * *

Estaban en el comedor jugando con las raquetas y la pelota de tenis, cuando llegó Norman.

De nuevo había comenzado a llover torrencialmente y el recién llegado venía chorreando agua por todas partes.

Beatriz se apresuró a ir en su auxilio.

—¡Bueno te has puesto!

Le besó y fué como si se hubiera lavado la cara. Hubo de secarse con el pañuelo.

Mientras Norman reía al ver los desperfectos causados en el ligero maquillaje de su esposa, ésta le ayudó a quitarse el impermeable y a que se cambiara el calzado.

—Ahora ya puedo saludarte,

Diana—dijo al volver al comedor—, sin causar ningún perjuicio a tu vestido y a tu piel.

Y después de haberla cumplimentado, se llevó la mano al bolsillo y extrajo de él algunas cartas.

—Toma. He visto a tu papá y me ha entregado tu correspondencia.

Reparó de pronto en que el cabello de Beatriz estaba lacio y húmedo, prueba evidente de que había salido a la calle, y, siguiendo el sistema de todos los maridos celosos, le hizo esta capciosa pregunta:

—Con el día que está haciendo no habréis salido, ¿verdad?

Pero Beatriz repuso inmediatamente:

—Sí, hemos salido a dar un paseo y nos ha sorprendido la lluvia. En seguida hemos regresado.

—¿Habéis visto a algún conocido?

Esta vez no fué Beatriz tan rápida en la respuesta, pero al fin contestó:

—No, no hemos visto a nadie.

De pronto, advirtió Beatriz una ligera convulsión en Diana, la cual, un poco separada de los esposos, leía las cartas que Norman le acababa de entregar.

—¿Alguna mala noticia?

Por toda respuesta, Diana le entregó una tarjeta en la que se veía un trasatlántico señalado con dos crucecitas.

En el respaldo se leía:

Querida Diana: Desde mi camarote, el cual está marcado con una cruz lo mismo que el de Ben, te envío un saludo cordial. Continúa, cada vez más feliz, nuestro largo viaje de novios a través de los mares y de los continentes. Saludos de Ben y el cariño de tu amiga

Ann

* * *

De pronto se abrió la puerta y tres jóvenes entraron en tromba en el vestibulo.

Eran Freddie y sus dos amigos, los cuales cumplían su promesa de ir a visitar a Beatriz si volvía a llover.

Freddie besó a su hermana y abrazó a Diana fraternalmente. Los dos amigos se mostraron también muy expresivos en los saludos.

—Tu invitación ha sido tan cor-

dial, Beatriz—dijo uno de ellos—, que no hemos podido menos de aceptarla.

Beatriz miró a su marido y percibió claramente la impresión que las indiscretas palabras le producían.

Entretanto Freddie daba una noticia a Diana.

—Me ha escrito Ann.

—Y a mí también.

—¿Qué te dice?

—Que es muy feliz.

—Pues te engaña. He aquí la verdad.

Y le entregó una carta en la que Diana leyó con avidez:

Tengo unas ganas locas de hallarme de nuevo entre vosotros. Mi esposo sólo quiero que paseemos a la luz de la luna y esto es más aburrido que un texto de álgebra. Ben quiere que sigamos viajando, pero he conseguido de él que en el primer puerto tomemos otro vapor que nos conduzca a California.

Adiós, Fred. Te da la puntita de los dedos tu invariable

Ann

Diana devolvió la carta a Freddie, con un gesto de repugnancia y él la besó y se la guardó en el bolsillo.

Cuando los revoltosos pollos se fueron, se produjo la escena que Beatriz esperaba y temía.

—Me has engañado, Beatriz. Me has dicho que no habías visto a nadie y ahora resulta que los has invitado.

—Por Dios, Norman. ¿No comprendes que me ofendes y me torturas con tus celos?

—El suplicio es para mí, Beatriz, para mí que quiero creerte y no puedo, que quiero ser indiferente ante los actos de tu sociedad y no puedo menos de odiarla con todo mi corazón. Me repugna el mundo que te rodea. No puedo sufrir este suplicio de odio y de celos. Tenías razón al recomendar-me que no me casara contigo, pero aun puede remediarse el mal. Me voy antes de volverme loco o de tener que odiarte a ti también.

Y tal como iba, sin ponerse ni siquiera el sombrero, se lanzó a la calle, indiferente a la lluvia, que cada vez era más abundante y violenta.

Beatriz cayó en los brazos de Diana.

—¡Bah!, no te inquietes—dijo ésta—. Te ama y volverá. Hay lazos espirituales que sólo se pueden romper pasajeraamente.

—No dudo que volverá, pero si toda la vida ha de estar dejándome por celos y volviendo por amor, el martirio será mayor que si rompiéramos de una vez y para siempre.

Y añadió en un tono de protesta y lamento:

—¿Si ellos pudieran comprender que sólo hemos sido juguetes de su civilización! ¿Si supieran que son ellos los que han hecho de nos-

otras las frívolas muñecas que hemos sido antes de hallar al elegido de nuestro corazón! Riqueza y progreso: he aquí nuestros enemigos. Y esos enemigos los han creado ellos y no nosotras...

X

Ann llevaba una vida fastuosa. Tenía joyas a montones y no cesaba de comprarse más.

Ben había adquirido para ella la mejor *villa* del aristocrático barrio y la había montado con un lujo principesco. Hemos dicho Ben y debimos decir Ann, pues era ella la que llevaba la batuta en la cuestión de los gastos, dejando la dirección de la casa en todo lo demás a Ben.

Tenía a su servicio un ejército de doncellas y los trajes se los encargaba a montones. Mucho tenía Blaine, pero de seguir llevando aquel tren, pronto se originaría la crisis económica.

Fácil es suponer la vida que lle-

varía el matrimonio en aquel sexto mes de vida conyugal. Ann no tenía ya por qué disimular y se mostraba tal cual era. Ben, al ir descubriendo las terribles verdades, se convirtió en un misántropo hostil. De aquel muchacho alegre y simpático de otro tiempo no quedaba nada.

Un día, al entrar Ann en su gabinete, sorprendió a su madre revolviendo en su guardarropa. Al oír ésta los pasos de su hija se ocultó un vestido entre los amplios pliegues de la bata casera que llevaba. Pero Ann, que tenía una vista que un águila se la habría envidiado, tiró del vestido y exclamó arrojándolo sobre una mesa:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Esto se acabó! ¡Que sea la última vez que te vea revolviendo mi guardarropal

—Parece mentira que no tengas respeto ni cariño a tu anciana madre.

—¡Sermones no, mamita, que me ponen muy nerviosa! Estoy harta ya de darte cosas y he decidido cerrarme a banda. Tú ya no estás en edad de presumir.

En esto se oyó el trepidar de un auto y Ann exclamó, después de acudir al balcón y descorrer los visillos:

—¡Freddie!

—¿Otra vez?—exclamó la ma-

dre, fingiéndose indignada—. Estás jugando con fuego, y si tu marido se entera, vamos a terminar todos en la cárcel. Además, eso es impropio de una señorita.

Ann no hizo el más mínimo caso a estas palabras y corrió a recibir a Freddie. Fué un recibimiento tan cordial, que desde el gabinete oyó el beso la madre, la cual, después de decirse que su hija estaba deshonrando el apellido de su padre, volvió a apoderarse del vestido que Ann había arrojado sobre la mesa y se dirigió a su cuarto a ponerse, pues sus amigos la esperaban en el club.

* * *

Desde que regresara Ann de su viaje de novios, raro era el día que no se entrevistaba con Freddie, exponiéndose a las iras de Ben, el cual había prometido terminantemente la entrada en su casa a aquel majadero.

La mayoría de las veces incluso se arriesgaba a irse con él en auto a la ciudad y concurrían a los restaurantes de moda, a los cinema-

tógrafos y a toda clase de espectáculos.

—Supongo—dijo Freddie—que esta noche irás a la cena de despedida que celebran en honor de Diana.

—¿Es que vas tú?

—No tengo otro remedio porque esa fiesta ha sido organizada por mi hermana Beatriz.

—Pues yo no voy. Ben no ha

querido aceptar la invitación y me ha hecho decir que no podríamos asistir. Sin embargo, yo creo que eso tiene arreglo. Nos podremos encontrar en cualquier parte que no sea el lugar de la fiesta.

—Ya te he dicho que yo tengo que asistir.

—Pero puedes hacer una escapada.

—Tienes razón. Para ser mujer posees un talento admirable, mucho más que un canario.

—No digas tonterías, Freddie, y quedemos de acuerdo.

—Nos encontraremos a la puerta del hotel de Roma a las diez y media. ¿Te parece?

—Eres el truquista más grande de América.

—¡Olé!

Y se ciñeron el talle mutuamente y dieron algunos pasos del baile de moda.

Y como ya estaban abrazados, cuando cesaron de bailar, les fué fácil cambiar media docena de besos.

De pronto se abrió la puerta y Ann y Freddie tuvieron el tiempo justo para separarse.

Era Ben.

Freddie se quedó un poco desconcertado y un mucho aterrado. La fama de los biceps de Ben le había producido siempre cierto malestar.

Con la mano tendida se dirigió a Ben y balbució un saludo.

Ben se limitó a responderle con una inclinación de cabeza, recibimiento que hizo tomar a Freddie, por bien de su cabeza, una rápida determinación: la de tomar las de Villadiego.

Ben se quedó mirando fijamente a su esposa.

—¿Que siempre haya de encontrar a tu lado a ese majadero!

—Freddie ha venido para invitarnos a cenar, pero no he podido aceptar porque mi madre se ha puesto enferma.

—Más vale así, Ann, pero te recuerdo que te he dicho más de una vez la opinión que ese hombre me merece.

—Parece mentira que puedas estar celoso de un amigo mío de la infancia como es Freddie.

En esto sonó el timbre del teléfono y Ben, que estaba al lado de

la mesa, descolgó el auricular y pronunció unas palabras para Ann ininteligibles.

Después dijo a su esposa con una torcida sonrisa:

—Es tu madre. Dice que le prestes una de tus capas, porque esta noche tiene que asistir a una fiesta.

Ann se inmutó en un principio, pero después adoptó una actitud desdeñosa, en tanto Ben se dirigía hacia ella y, cogiéndola de una muñeca y mirándola fijamente, le dijo:

—¿Por qué tienes la costumbre de mentir, Ann?

—¿Es decir que porque mi madre cambie de idea, porque siga siendo tan voluble como ha sido siempre, he de pasar yo por embustera?

Pero Ben no le soltaba la mano. Cada vez le apretaba más. Le hacía daño, y aquella primera brusquedad de su marido había logrado atemorizarla.

Se jugó su última carta. Al lado de ella había un sofá y en él se dejó caer, llorando. Pero Ben no se ablandó.

—Esta vez tus lágrimas no te van a dar resultado. Ahora sé ya quién eres.

Al oír esto, al comprender que había perdido para siempre la confianza de Ben, Ann se levantó, descubrió aquellos ojos en los que no había ni la más ligera huella de una lágrima y exclamó:

—No estoy dispuesta a permanecer en esta casa oyendo tus insultos. ¡No y mil veces no!

Y uniendo la acción a la palabra, echó a correr hacia la puerta y salió del recinto.

Ben, en un último rasgo de caballerosidad, fué tras ella y la llamó.

Pero Ann no le hizo caso. No le oía. Y, si le oía, no daba importancia a su llamada. Ya no tenía motivo ninguno para sacrificarse por los millones de su esposo.

XI

Ben se dirigió al círculo donde Beatriz daba la fiesta en honor de Diana.

Cuando entró, el baile estaba en su apogeo. Por entre los bailarines, tropezando con unos y otros, absorto en los confusos pensamientos que le dominaban, llegó al centro del salón, donde se veía, sobre una mesa, el boceto de un barco.

Lo contempló. Era curioso. Estaba hecho de hielo. El examen de aquella curiosidad le distrajo, pero he aquí que de pronto, un rótulo que había en él le hizo volver a pensar en lo que ya había logrado desechar de su pensamiento.

El rótulo decía:

"Diana."

Y entonces se dió cuenta de que aquel boceto era una reproducción fiel del yate de Diana, de aquel yate al que dejó de asistir, en un error que ahora veía bien claro, la noche inolvidable en que perdió a

Diana para siempre y fué víctima de los ardides de Ann.

De pronto oyó una voz a su lado, una voz dulce y afectuosa.

—¡Hola, Ben!

Se volvió. Era Beatriz.

—Buenas noches, Beatriz. Me hallaba solo y he venido a pasar un rato con vosotros.

—¿Solo?

—No me preguntes, Beatriz. No removamos el cieno. Tú ya debes comprender...

Comprendía, sí, y como era prudente y compasiva, calló.

—¿Has visto a Diana?

—No. ¿Dónde está?

—Anda por allá arriba, por la veranda.

—Es extraño. Antes se hallaba siempre en el punto más visible de los salones.

—Los tiempos han cambiado mucho, Ben. Ahora Diana no es la muchacha alegre de antes. Aho-

ra busca la penumbra y el silencio de los rincones.

Bajó Ben la cabeza, presa de un dolor y un remordimiento, y se dirigió hacia la escalera que conducía a la veranda.

En la sala contigua a él penetraba la luna por las amplias puertas vidrieras que daban a la terraza.

Era una noche de plenilunio como aquella otra en que se fué con Ann a las rocas costeras, para dejarse entre sus brazos la alegría, el amor y la libertad.

Con el resplandor de la luna, llegaba al salón un estremecimiento de frondas y una oleada densa de perfumes.

En un sofá que había de espaldas a la puerta y de cara a la luna y a la noche se veía asomar por el respaldo una cabeza de mujer.

Ben estaba seguro de que aquella cabeza pertenecía a Diana y, con paso lento y silencioso, se acercó hasta el sofá y estuvo contemplando la inolvidable y pensativa frente de aquella mujer que tan torpemente había abandonado.

Tan absorta estaba ella en sus

ideas, que no reparó en la presencia de Ben.

Con la cabeza apoyada en el muelle respaldo del sofá y con la mirada perdida entre los rayos pálidos de la luna, pensaba a buen seguro en lo mismo en que Ben estaba pensando en aquel momento.

Se acercó él. Puso la mano en el sofá, cerca de su cabeza.

Ella creyó que sería la mano de alguno de sus camaradas y, en un movimiento instintivo que su estado de ánimo le dictaba, la acarició fraternalmente.

Pero aquel contacto la hizo pensar y recordar y se puso en pie en un movimiento convulsivo.

Segura de lo que iba a ver, se volvió y lanzó un grito de espanto.

—¡Ben!

No se habían vuelto a ver desde aquella noche en que en el yate se anunciara la boda del *sportman* con Ann.

—Aquí me tienes, Diana.

—¿Has venido a decirme adiós?

—No. Eso no podré decírtelo nunca. Por encima de todo y de

todos tú vivirás dentro de mí eternamente.

Ella tuvo un gesto como de enojo y se dirigió a los umbrales de la veranda, donde su maravillosa silueta quedó recortada sobre un fondo ambarino.

Ben se acercó a ella y le preguntó:

—¿Me guardas rencor, Diana?

Ella le miró francamente, dulcemente, y le dijo:

—Por el contrario, me es siempre grato tu recuerdo y más aún tu compañía. Es más, esta noche estaba triste porque pensaba que había de renunciar a verte durante un año más.

Cada vez sentía Ben una admiración más profunda hacia aquel corazón franco y noble.

—Diana, confieso que he sufrido un gran error. No pude comprender a tiempo y estoy pagando muy cara mi equivocación.

—Hallaste en mí una mujer verdadera—repuso Diana como hablando consigo misma—, una mujer que todo el mal que hacía estaba a la vista de la gente, y tú me juzgaste de acuerdo con el patrón

general. "Si eso hace esta mujer delante de todos—te dijiste—, ¿qué hará cuando no la vean?" Y me juzgaste indigna de ser tu mujer.

—Es verdad, fui un necio.

—Sin embargo—continuó Diana como complaciéndose en torturarse a sí misma—, hallaste otra mujer que era por fuera un ángel y por dentro un demonio y, juzgando por lo que veías, no vacilaste en casarte con ella.

—Tienes razón, Diana. ¿Por qué no habrá querido Dios que te comprendiera a tiempo? ¡Si tú supieras!... Leo el sufrimiento reflejado en tus ojos, pero estoy seguro de que no sufres tanto como yo. Ann, no contenta con haberme arrebatado la alegría, acabará por quitarme el honor, que es casi lo único que me queda. Todo en ella es falso. Hasta su hermosura es algo tan vacío y tan superficial, que se desvaneció para mí tras los primeros días del matrimonio. No hay nada en su cabeza, no hay nada en su corazón. Tú, cuando menos, estás libre y sola con tu dolor. Pero yo he de sufrir y he de so-

portar la intimidad de quien me procura el sufrimiento. Si esto sigue así, Diana, estoy seguro de que acabaré por cometer una locura.

Diana le miraba con fijeza y le escuchaba atentamente. Sabía que todo cuanto decía Ben era cierto. Ben llevaba siempre, como ella, la verdad en el corazón y en los labios, y al ver aquella viril cabeza doblada sobre el pecho, al ver aquellos brazos de acero pendientes y flojos, sintió una piedad infinita que la movió a ponerle una mano sobre el hombro y decirle con entonación acariciadora:

—¡Pobre Ben!

Ben levantó los ojos esperanzado.

—¿De veras me guardas aún un poco de afecto?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿De veras—insistió y precisó Ben—me guardas aún un poco de aquel amor que en un tiempo me tuviste?

—De veras, Ben. Sí dijera que no, mentiría, y yo no sé mentir.

—Gracias, Diana. Eso me bas-

tará para tener una esperanza siempre, y si no una esperanza, un consuelo.

—Yo también tengo ahora ese consuelo, el consuelo de saber que tu corazón vuelve a ser para mí, después de un momento de ceguera.

—¡Bendita sea tu franqueza, Diana! ¡Bendita sea esa franqueza que tan feliz me hace! ¡Te he amado siempre, te juro que te he amado siempre!

Sin darse cuenta, las cabezas se habían ido aproximando hasta que la mejilla de Ben quedó sobre el cabello de Diana.

Un momento estuvieron así, con la mirada perdida en la suave claridad del plenilunio y el pensamiento muy lejos, en esa región remota donde las ideas se convierten en ideales.

—¡Diana... Diana!... ¿Me negarás un beso?

Sentía un suave deseo de llorar, algo muy dulce y muy doloroso al mismo tiempo, algo semejante a una embriaguez que le sumía en una especie de divina locura.

Diana pensó por un momento

que debía oponerse a la petición de Ben, pero, al caer en la cuenta de que aquella noche iba a emprender un largo viaje, no tuvo valor para formular la negativa.

Y otra vez revivieron sus corazones en un beso los momentos gloriosos de su antiguo amor.

* * *

Ann, cumpliendo su promesa, acudió a la puerta del hotel de Roma con puntualidad. Freddie la esperaba ya desde hacía unos segundos, aunque él le aseguró que desde hacía horas.

Subió al coche la dama.

—¿Dónde vamos?—le preguntó Freddie.

—Adonde quieras. Ya no me importa que me vean contigo.

Una inquietante sospecha se apoderó de Freddie.

—¿Y Ben?

—Ya no me importa Ben. He roto con él definitivamente...

Freddie dió un salto en el asiento.

—¡Caramba! ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ahora seré sólo para ti.

—¡Qué locura!

Y Freddie demostró que si a Ben le tenía miedo, mucho más terror le inspiraba Ann.

—Yo creo que debías volver a casa.

—¡Ahora mismito! Si vuelvo a casa esta noche será porque me lleven.

—¿En hombros?

—O rodando como una cuba.

—Eso ya es otra cosa. Empiezas a ponerte en razón. La idea de atracarse de champaña no está mal del todo.

Y Freddie puso el auto en marcha en dirección a uno de los restaurantes donde menos se respetaba la ley seca.

Una hora después, cuando de nuevo se sentó Freddie ante el volante, la calle era estrecha para su coche y el conservar la línea recta le parecía algo tan imposible como atravesar el Pacífico a nadó.

Después de estar a punto de atropellar a media docena de transeúntes y de librarse otras tantas veces de una multa por milagro, Freddie tuvo un súbito recuerdo.

—¡Caramba! Se me había ol-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

vilado que tengo que volver al círculo.

—¿Y qué voy a hacer yo?

—Te llevaré a casa.

—Ya te he dicho que a casa no quiero ir.

—Entonces, habrás de quedarte en medio de la calle.

—Puedo ir contigo.

—¡Eso jamás! No estás en situación de presentarte en ninguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás completamente embriagada.

—¿Pues y tú?

—Yo conservo siempre la serenidad.

Y al decir esto, el auto, en una de sus tremendas eses, se encaramó a una acera y estuvo a punto de introducirse por la puerta de una casa.

—Si esto es estar sereno, no estarlo debe de significar conducir el auto por las azoteas.

Y enzarzados en esta discusión llegó el coche a la puerta del club donde se celebraba la fiesta en honor de Diana.

Allí estuvieron discutiendo cer-

ca de un cuarto de hora sobre si el uno estaba más embriagado que el otro y sobre si Ann podía entrar o no en el círculo.

Freddie, convencido de que no sacaría nada en claro, cortó la discusión bajando del coche y entrando en el club, con un paso que quería ser firme, pero que estaba muy lejos de serlo.

Ann hizo lo mismo, pero con la diferencia de que su paso era mucho más inseguro que el de Freddie.

Tropezando con unos y otros, respondiendo con insultos a las bromas de sus amigos, recorrió todo el salón en busca de Freddie.

Pero éste, que la había visto entrar, se había ocultado detrás de un corpulento danzarin y fué dando un rodeo a su cuerpo al mismo tiempo que lo daba Ann, de modo que ésta dió una vuelta completa por el salón sin verle.

Se halló de pronto al pie de una escalera, subió por ella, y se encontró en el salón contiguo a la terraza.

Le pareció ver en el fondo una forma humana y avanzó hacia

ella. Pronto se convenció de que no era una persona, sino dos, y de que, si parecían una, era porque estaban abrazados.

—¡Freddie!

Pero he aquí que al volverse el caballero, comprobó Ann que no era Freddie, sino su marido.

Y su complaciente compañera era Diana.

Soltó una tan violenta carcajada, que estuvo a punto de caer.

—¡Ahora comprendo por qué tenías tanto empeño en que me quedara en casa!—exclamó.

Y reía, reía como una loca, al mismo tiempo que sus pies inseguros la llevaban de un lado a otro.

Ben se fué hacia ella y la cogió violentamente de un brazo.

—¿No te da vergüenza presentarte en ese estado a la gente?

—No nombres la vergüenza. Todos la hemos perdido. Pues no creo que sea muy edificante el que un hombre deje a su esposa en casa para ir a besar a otras mujeres por los rincones.

—Calla de una vez—exclamó Ben volviendo a sujetarla fuertemente de un brazo.

—¡No callaré, no! Si pretendéis guardar secreto sobre vuestro delito, estáis en un error, porque va a enterarse todo el mundo.

Y, dirigiéndose a la escalera que daba al salón, comenzó a dar gritos que pronto atrajeron la atención de todos los invitados.

—¡Subid! ¡Veréis lo nunca visto! ¡Una historia romántica de amor! ¡Un gran escándalo que servirá de alimento a vuestras murmuraciones durante semanas enteras!

Todos corrieron a la escalera y subieron a la veranda.

Ann estaba otra vez en el centro del salón y mostraba a los invitados la pareja que formaban Ben y Diana.

—He aquí, señores, una escena edificante. ¡Mi noble marido haciendo el amor a la virginal Diana!

Algunos de los presentes trataron de poner fin a la enojosa escena, pero los más curiosos los detuvieron.

En una de sus vacilaciones, Ann había tropezado con una mesa, y en ella se sentó en un movimiento

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

inseguro que estuvo a punto de dar con su cuerpo en el suelo.

Diana se acercó a ella, desoyendo las súplicas de Ben y le dijo, mirándola fijamente:

—No cabe un pensamiento noble en tu pequeña cabeza de pájaro. Me alegro de que hayas hecho subir a todos nuestros amigos. Ellos sabrán juzgar la diferencia que hay entre tú y yo. Hablaré bien fuerte para que todos me oigan. Con un ardid innoble conseguiste apoderarte del corazón de Ben para apoderarte al mismo tiempo de su fortuna. Tu casamiento fué obra del disimulo y de la mentira como todo lo que de ti proviene. A las pocas semanas de matrimonio ya comunicabas a tus amistades el fastidio que Ben te producía. Era natural: Ben es un hombre íntegro y tú eres la criatura más vil que ha pisado la tierra.

Y Diana se volvió hacia los concurrentes:

—Ya lo han oído ustedes, amigos míos. Esto es lo que Ana quería que supieran.

Pero Ann, en vez de afligirse,

lanzó una estruendosa y ofensiva carcajada.

—Todo eso sólo me demuestra que estás despechada porque conseguí al hombre que tú querías. Es decir, que querías, y que sigues queriendo.

—Cierto. Quiero a Ben y le querré mientras viva. Y lo lamentable es que tenga que dejarle en manos de una mujer de tu calaña.

A este punto culminante había llegado la discusión, cuando Beatriz distinguió entre el grupo a su hermano Freddie y se acercó a él para suplicarle:

—Llévatela, por Dios.

—¿Yo? ¡De ningún modo! No quiero salir mañana en los periódicos.

Ben puso término a la disputa cogiendo a Diana de un brazo y sacándola del club a viva fuerza, en tanto Ann se quedó allí con su embriaguez y su vergüenza.

La condujo en su propio auto hasta su casa y allí, a la puerta, tuvo lugar la triste despedida.

—Es doloroso que hayamos de separarnos sin esperanzas de volvernos a unir—había dicho Ben.

—Es doloroso, sí, pero es preciso. Sin embargo, sabe, Ben, que la separación no será completa. Mi pensamiento y mi corazón se sentirán siempre, siempre, unidos a ti.

—Gracias, Diana mía. Gracias

por todo el bien que me has hecho. Sólo para hacerme bien has venido a mí. Aun ahora, en este momento tan culminante y tan amargo, has sabido infundirme esperanzas. ¡Bendita seas!

XII

Al llegar a casa y ver que Beatriz todavía no estaba en ella, Norman se dirigió al club, seguro de que allí la encontraría.

Ya no sentía celos. Desde aquel día en que estuviera a punto de perderla a causa de uno de sus estúpidos arrebatos, desde aquel día que se lanzó como un loco en medio de la lluvia creyendo huir de Beatriz cuando de quien huía era de sí mismo, y estuvo una semana ausente, y tuvo que volver al fin para pedirle perdón, Norman se había curado de sus celos.

Era ya el amanecer, cuando llegó al club. El salón estaba desierto y unas mujeres fregaban el pié

so al pie de la escalera que conducía a la veranda.

—¿Hay alguien arriba?—les preguntó.

—Sí; hay dos señoras. Una de ellas está bebida.

Subió Norman rápidamente las escaleras y vió a su esposa luchando por poner el abrigo a Ann.

—¡Beatriz! ¿Qué significa esto?

—Ya lo ves, Norman. No he tenido valor para dejar a Ann en este estado. Ayúdame. La llevaremos a su casa.

Pero Ann se mostraba sumamente rebelde. Varias veces le pusieron el abrigo y otras tantas se lo quitó.

Lograron conducirla hasta la escalera, pero allí se deshizo de las manos amigas.

—¡Dejadme sola! ¿Crecéis que no sé andar?

—Te dejaremos si nos prometes permitirnos que te acompañemos a casa.

—¡Apartad, apartad! ¡Dejadme sola!

Al ver a las mujeres que fregaban el piso, las llamó.

—¿Por qué estáis trahajando a estas horas? ¿No tenéis hijas hermosas que os permitan descansar? Si tenéis hijas, vestidlas bien. A los hombres ricos les gustan las jóvenes bellas y elegantes. Todo esto me lo ha enseñado mi madre, que sabe mucho. Fijaos en mí. Yo soy bonita y elegante y esto me ha producido una gran fortuna. Mirad, mirad. Uno, dos, tres ¡muchos brazaletes de brillantes! ¿Qué os parece? Tengo todo lo que una persona puede desear. ¡Soy feliz, muy feliz!

Y lanzó una de aquellas carcajadas que tan frecuentemente brotaban de sus labios.

Y entonces, inopinada, brutal, surgió la tragedia.

En una de las convulsiones de la risa, Ann perdió el equilibrio y fué rodando por las escaleras.

Las tres mujeres que lavaban el piso, y Norman y Beatriz, se aprestaron a socorrerla, pero en seguida advirtieron que todo intento de ayuda era inútil. En una de las sienes de Ann el borde de un escalón había dejado una huella amoratada. Su pulso no latía. Estaba muerta.

Una de las mujeres que lavaban el piso examinó compasivamente la blanca y alhajada muñeca.

—Uno, dos, tres... ahora no le servirán de nada.

* * *

Pasados los primeros días de confusión, Ben recibió una llamada telefónica.

—¿Quién es?—preguntó aplicándose al oído el auricular.

—Soy yo, Diana. Quiero verte. Un silencio denotó la estupefacción de Ben. Después dijo:

—Ven en seguida. Te espero.

Y unos minutos después, un auto se detenía a la puerta de la casa y Diana entraba en el salón donde Ben esperaba, presa aún de profundo asombro.

—Creí que te habías marchado —balbució.

—Al enterarme de la desgracia de Ann decidí queirme.

—Es verdad. No había ya motivo para que te marcharas.

Le era difícil disimular su alegría.

—Supongo que ahora no nos separaremos ya. ¿Sabes lo que tenía pensado?

—Sí. Habías pensado ir a Europa a buscarme.

—Pero ahora no necesito ir a buscarte, porque te tengo a mi lado.

—Esta noche, Ben, me embarcaré para Europa.

Ben la contempló estupefacto.

—¿Qué dices, Diana?

—Que me embarcaré para Europa, donde permaneceré un año.

—¡Eso es una locura! ¡No te comprendo, Diana! ¿O quieres acaso que nos marchemos juntos?

—No, Ben. Yo me marcharé y tú permanecerás aquí. ¿No comprendes, Ben? Debemos ser piadosos. Debemos ser nobles hasta el fin. Guardemos un año de luto a esa desdichada.

—¿Pero para qué marcharte?

—Porque permaneciendo aquí nos costaría mucho más realizar este sacrificio. Viéndonos, la tentación sería constante. Está visto que a nosotros sólo una cosa puede hacernos perder el juicio y esa cosa es nuestro amor. Seamos nobles hasta el fin, Ben. ¿O es que temes que tu amor se enfríe durante este año de ausencia?

—¡Eso no, Diana!—protestó Ben vivamente—. Esperaré un año y lo mismo esperaré cinco. Todo por ti y sólo por ti.

Y añadió con energía:

—Vete, Diana y esperémonos durante este año de luto. Ahora soy yo el que tiene empeño en guardarlo. Quiero ser noble para merecerte. Estar a tu lado y no ser bueno, es imposible. Este año no será para mí un año de espera, sino de esperanza.

—Dices bien, amado mío. Y la

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

esperanza nos hará felices y fuertes.

Se dieron un beso, un único beso, y se separaron, se separaron

con la alegría del que sabe que dentro de un plazo breve va a conseguir la felicidad para toda la vida.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

El gran asunto

EL PAGANO DE TAHITÍ

por Ramón Novarro y Renée Adorée



EN PREPARACIÓN:

ESTRELLAS DICHOSAS

por Charles Parrell y Janet Gaynor

¡SIEMPRE LO MEJOR!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: Una peseta